

**Análisis historiográfico del rol de las potencias extranjeras
durante la guerra de Chile contra la Confederación Perú-Boliviana
(1836-1839)**

**Historiographic analysis of the role of foreign powers
during the Chilean war against the Peruvian-Bolivian Confederation
(1836-1839)**

Serrano-del Pozo, Gonzalo

Universidad Adolfo Ibáñez, Chile

gserrano@uai.cl

 <https://orcid.org/0000-0002-9875-7241>

Baeza, Andrés

Universidad Adolfo Ibáñez, Chile

andres.baeza.r@uai.cl

 <https://orcid.org/0000-0001-7532-848X>

Resumen

La investigación que se presenta busca realizar un análisis historiográfico del rol que se le asignó a las potencias extranjeras en la guerra que enfrentó a Chile contra la Confederación Perú-Boliviana entre 1836 y 1839. La historiografía chilena del siglo XIX, que fue la que mayor atención le dio a este conflicto, intentó demostrar que las monarquías más importantes e influyentes de Europa junto con los Estados Unidos estuvieron del lado del mariscal boliviano, Andrés de Santa Cruz. En contrapartida, el gobierno chileno no solo tuvo que lidiar con un enemigo más poderoso como la Confederación, sino además contra

un ambiente exterior hostil, lo que agregaba más mérito a esta victoria. A partir de este análisis surge una propuesta de estudio que considera otras variables que estuvieron involucradas en el conflicto.

Palabras clave: Guerra contra la Confederación, Chile, Perú, Bolivia, Santa Cruz.

Abstract

The research presented here seeks to carry out a historiographic analysis of the role assigned to foreign powers in the war of Chile against the Peruvian-Bolivian Confederation between 1836 and 1839. The Chilean historiography of the 19th century, which was the one that gave the most attention to this conflict, tried to show that the most critical and influential monarchies and the United States were on the side of the Bolivian marshal, Andrés de Santa Cruz. On the other hand, the Chilean government had to deal not only with a more powerful enemy, such as the Confederation, but also with a hostile external environment, which added more merit to this victory. From this analysis, a study proposal considering other variables involved in the conflict emerges.

Keywords: War against the Confederation, Chile, Peru, Bolivia, Santa Cruz.

Recibido: 12 de julio de 2024 - **Aceptado:** 28 de octubre de 2024

1. Introducción

A fines de 1836, el gobierno chileno, al mando del presidente Joaquín Prieto, siguiendo los intereses de la élite (Núñez, 1987) y de

algunos miembros influyentes del gobierno, en especial, Diego Portales, declaró la guerra a la Confederación Perú-Boliviana. Aunque la existencia de la Confederación recién se explicitaría mediante el decreto del 28 de

octubre de 1836, firmado por el mariscal Andrés de Santa Cruz, sus planes de unir a los estados sud y norperuanos con Bolivia en un solo Estado ya eran evidentes para el gobierno chileno. Así, en su rol de ministro de Guerra y Marina y de Relaciones Exteriores, el 10 de septiembre de 1836, Portales envió una carta a quien a la postre sería el comandante de la expedición que enfrentaría a las fuerzas de la Confederación, Manuel Blanco Encalada. En ella declaró que la unión de ambos países en una confederación debía desaparecer «para siempre jamás» del escenario de América, debido al dominio que la nueva organización trataría de ejercer en el Pacífico.

Aunque parte de la historiografía decimonónica, que se caracterizaba por ser positivista, erudita, narrativa, estrechamente apegada a las fuentes y reacia a interpretaciones (Gazmuri, 2006: 85), encabezada por Gonzalo Bulnes (1876 y 1878), sostuvo que los intereses geopolíticos fueron la causa principal de la guerra, la raíz del conflicto habría sido más bien de carácter económico y comercial. En efecto, aunque no se puede negar el interés de eliminar una amenaza para la soberanía chilena, la guerra

se habría detonado como consecuencia del interés de la élite económica santiaguina de consolidar la hegemonía de Valparaíso como principal puerto del Pacífico sur y de mantener al Perú como principal mercado para el trigo chileno (Cavieres y Serrano, 2018).

En términos concretos, el gobierno chileno ejecutó dos expediciones. La primera, al mando del almirante Blanco Encalada, en 1837, fue un fracaso en términos militares para Chile y una gran victoria para la Confederación. El enfrentamiento fue evitado gracias al Tratado de Paucarpata, en el que Santa Cruz impuso sus condiciones al gobierno de Chile las cuales no serían aceptadas por este una vez que conoció los términos del acuerdo.

La segunda expedición, al mando del general Manuel Bulnes, en cambio, resultó triunfadora. El éxito militar obtenido en Yungay, el 20 de enero de 1839, acabó con el sueño de una Confederación y con el mariscal boliviano exiliado en Ecuador. A partir de entonces, el conflicto ha sido objeto de controversias historiográficas de diversa índole que, en términos generales, apuntan a asumir una

postura favorable a un gobierno u otro. Aunque esto es esperable a partir de la producción historiográfica local, en especial de la historiografía decimonónica, un análisis de la historiografía más reciente y «extranjera» sobre el conflicto deja en evidencia que en la mayoría de los casos se asume una postura favorable a Santa Cruz y contraria a Chile.

Un análisis historiográfico sobre la guerra sugiere que gran parte de la historiografía dedicada a este tema se ha centrado en los aspectos internos de este conflicto. Bajo esta perspectiva, la guerra se habría generado como consecuencia de una disputa de intereses entre las élites locales, por lo que es el rol de los gobiernos y de los militares y generales involucrados en el conflicto lo que concentra gran parte de su atención. Esto implica relegar a un segundo plano el rol que pudieron haber ejercido las potencias extranjeras tanto en el origen como en el desarrollo del conflicto. De esta forma, queda fuera del análisis la disputa de intereses geopolíticos entre las principales potencias globales como el Imperio británico y Francia, y unos Estados Unidos que buscaban

decididamente expandir sus intereses hacia el Pacífico sur.

Todo lo anterior es indicativo del trato general que se le ha dado a esta guerra en términos historiográficos, influenciado, seguramente, por la escasez de documentos publicados sobre este tema, en especial cartas, archivos y prensa de la época. Esto dificulta a los historiadores formarse una postura acabada acerca del rol que les cupo tanto a las grandes potencias como a los países cercanos, ya sea a nivel de gobierno, de departamento de relaciones exteriores, de agentes comerciales y otros actores influyentes en este conflicto.

Como veremos a continuación, la información disponible en estos trabajos se limita a reproducir los testimonios recogidos desde el punto de vista chileno, en base a algunas cartas y relatos de los protagonistas, sin considerar la información contenida en los archivos y en la prensa extranjera sobre este enfrentamiento. Desde el punto de vista historiográfico, ha predominado un relato general, sin mayor interés por cuestionar o corroborar una serie de aseveraciones que

se hicieron en el fragor del conflicto. Del mismo modo, la explicación acerca del rol de las potencias extranjeras se limita, en la mayoría de los casos, a determinar qué tan favorables eran hacia uno u otro de los países enfrentados, sin profundizar en los intereses en juego ni en las interacciones entre los diversos actores involucrados, tanto estatales (agentes diplomáticos, autoridades gubernamentales y militares) como no estatales (fundamentalmente, comerciantes).

En este artículo analizamos cómo ha sido abordado el conflicto por historiadores nacionales y extranjeros de los siglos XIX y XX, llegando a la conclusión de que la mayor parte de las contribuciones explica el conflicto a partir de sus dinámicas internas, dejando a un lado las variables externas. En este caso, nos centramos particularmente en el rol que tuvieron las principales potencias del periodo, como el Imperio británico, Francia y Estados Unidos, y la injerencia que pudieron haber ejercido a favor de uno u otro bando.

Para desarrollar nuestro planteamiento inicial, hemos organizado el artículo en tres

secciones. La primera analiza en detalle el análisis nacionalista de la historiografía decimonónica, particularmente de Chile, que se centró en acusar la inconveniencia de la Confederación para los intereses nacionales y continentales, así como en denunciar la soledad con que Chile debió afrontar la Guerra. En todos estos autores, se trasluce la idea de que la Confederación generaba amplias simpatías entre las potencias extranjeras, dejando a Chile aislado en el conflicto. La segunda sección se centra en los aportes de la historiografía de la segunda mitad del siglo XIX e inicios del XX, los que, si bien han sido significativos, han dejado a un lado la dimensión internacional y geopolítica del conflicto en relación con el rol de las potencias. La última sección propone nuevas posibilidades de explorar la guerra a partir del rol ejercido por las potencias extranjeras, a partir de marcos de referencia aplicados especialmente al periodo de la Independencia, los cuales consideran una multiplicidad de intereses, actores y variables en juego a la hora de abordar las relaciones internacionales.

2. El rol de las potencias extranjeras según la historiografía de 1840 a 1939

La revisión de la historiografía del primer siglo, posterior al triunfo en Yungay (Placencia, 1840; Alberdi, 1846; De la Barra, 1851; Bulnes, 1878; Sotomayor, 1896, 1901 y 1903; Silva, 1904; Galdames, 1910; Barros Arana, 1913; Carranza, 1939), deja en evidencia la poca relevancia que se le asignó a las potencias extranjeras en el conflicto. En gran medida, porque el interés en este tema respondía a su carácter nacionalista y, en algunos casos, semipanfletario (Gazmuri, 2006: 83). Del mismo modo, puede decirse que el interés por la guerra en tanto objeto de estudio era propio de un estadio inicial de la historiografía como disciplina centrada en la primacía de la política «relativamente aislada de las fuerzas económicas y sociales» (Iggers, 2012: 24).

El análisis historiográfico para este periodo lo hemos centrado en torno a tres ejes que se repiten en estas obras. El primero se refiere a la Confederación como una amenaza no solo para Chile sino para Sudamérica y la incapacidad de los extranjeros para percibir

este riesgo. En segundo lugar, las simpatías que generaba el mariscal Andrés de Santa Cruz en los extranjeros y el apoyo al proyecto confederado. Y, por último, en contraste con lo anterior, la soledad en que habría estado Chile en su tarea de acabar con esta amenaza y, por estos mismo, el doble mérito de haber conseguido una victoria.

2.1 La Confederación como una amenaza

La primera monografía dedicada a la guerra fue publicada por José Miguel de la Barra, en 1851, definido por Gazmuri como un «divulgador de la Historia» (2006:363). Esta obra, «interesante como fuente» (Gazmuri, 2006: 364), se publicó en un momento de incipiente desarrollo historiográfico en Chile, pues «el debate fundacional» que dio inicio a la historiografía chilena, protagonizado por Andrés Bello y José Victorino Lastarria había tenido lugar recién entre 1844 y 1848 (Jaksic, 2021: 13). De la Barra sostiene que la Confederación era un engaño del que ninguna de las naciones implicadas parecía estar consciente. Según él, la Confederación «amenazaba constantemente la integridad de las Provincias Argentinas, la del Ecuador y la de nuestra República»,

refiriéndose a Chile (1851: 4). De la Barra denuncia que, aunque la Confederación representaba una amenaza para la estabilidad de toda América del Sur, la respuesta de los otros estados del continente fue de indiferencia. Estos asumían que se trataba solo de un conflicto entre dos partes, sin considerar su potencial impacto regional. Esta premisa sería replicada con algunas variantes por gran parte de los historiadores del siglo XIX e inicios del XX, como parte de una narrativa que buscaba instalar la idea de que Chile debió afrontar una amenaza continental en soledad y sin el apoyo de otras naciones.

No obstante, De la Barra y otros historiadores posteriores no hacían más que reiterar las mismas consignas que el ministro Diego Portales había utilizado para movilizar al gobierno y al Ejército contra la Confederación, en el sentido de que Perú y Bolivia unidos constituían una fuerza superior a Chile. De igual forma, los peruanos exiliados en Chile por Santa Cruz difundieron la idea de que el proyecto del mariscal boliviano no se agotaba con la unión de ambos países, sino que se extendía a Ecuador y la Confederación Argentina, una acusación

respecto de la cual no existe evidencia documental, más que lo que apareció en los diarios chilenos y en los periódicos publicados por los mismos peruanos (Serrano, 2012: 141-162).

Años después, Ramón Sotomayor Valdés criticó el actuar de las principales naciones, aunque esta vez extendiendo el espectro hasta América del Norte, por el hecho de no percatarse del peligro que implicaba el proyecto político de Santa Cruz:

Mientras tanto entre los demás gobiernos americanos algunos, como el de los E. U. de América del Norte y el de Méjico, parecían no darse cuenta de lo que estaba pasando en la América del Sur, pero cultivaban la amistad de la Confederación (1896: 14).

Por su parte, Ignacio Silva, en su trabajo sobre la Sargento Candelaria escrito a inicios del siglo XX, continúa con la idea de que el proyecto de Santa Cruz era un peligro de carácter continental:

La Confederación era a las claras un rompimiento del equilibrio americano, una

amenaza permanente para todos los estados limítrofes i, por tanto, Chile se alarmó con justicia, i la desconfianza, la inquietud i el recelo oscurecen el horizonte internacional (1904: 16).

Para el centenario de la victoria de Yungay, Rafael Carranza insistiría en el argumento de que un Estado fuerte como el creado por Santa Cruz, a cargo de un caudillo poderoso habría sido un grave peligro internacional, además de un desaire para Argentina y Perú, que con sangre y dinero habían conseguido la independencia de Perú (Carranza, 1939: 14).

Estos ejemplos nos permiten constatar que el argumento de la amenaza continental fue recurrente en las primeras explicaciones históricas del conflicto. Desde el punto de vista de la historiografía chilena, la guerra se justificaba en la medida que la Confederación ponía en riesgo el equilibrio geopolítico del continente y Chile no tenía más opción que restaurarlo, aun cuando lo hiciera de manera aislada.

Con todo, no es menos cierto que la geopolítica se configura a partir de los intereses

particulares de los estados. En este caso, para Juan Manuel de Rosas, gobernador de la Confederación Argentina a partir de 1835, la Confederación Perú-Boliviana ponía en riesgo los intereses de las provincias del norte, razón por la cual le declaró la guerra en 1837, de manera casi paralela a Chile. Esto, por otro lado, representó un asunto de preocupación para Brasil, que en 1836 inició las relaciones diplomáticas con Chile al nominar a Manuel de Cerqueira Lima como cónsul. La llegada de Cerqueira coincidió con el inicio del conflicto, algo que incomodó de sobremanera al representante diplomático, pues, para Brasil era más conveniente el fortalecimiento de la Confederación Perú-Boliviana como vía para debilitar a la Confederación Argentina. De ese modo, Brasil optó por declararse neutral, aunque con la expectativa de un triunfo de la Confederación Perú-Boliviana, lo que respetó hasta el año 1838, en que se suscribió el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación por los plenipotenciarios Joaquín Tocornal y el propio Cerqueira Lima, con fecha 18 de septiembre. Esto demuestra que lejos de ser una amenaza continental, la existencia de la Confederación podía favorecer incluso

otros intereses dentro del mismo continente (Fernández, 1959).

2.2 Santa Cruz y la Confederación y el beneplácito de los extranjeros

El segundo punto sobre el cual la historiografía tradicional puso énfasis dice relación con la evaluación positiva que existía en Europa sobre Santa Cruz y su proyecto. Ramón Sotomayor Valdés se refiere a esto en su historia sobre el gobierno de Prieto, que tenía como fin reivindicar la obra de Portales (Gazmuri, 2006: 144). Establece que desde un inicio Santa Cruz estaba preocupado de ganar las simpatías de los gobiernos europeos «en la inteligencia de que el reconocimiento de aquellos sería un título obligatorio para los de la América española» (Sotomayor, 1965: 100). Al respecto, Santa Cruz actuó de acuerdo con la tónica del periodo, buscando apoyo y reconocimiento político entre las principales potencias de la época. Durante las guerras de independencia, todos los nuevos estados surgidos tras la fragmentación del Imperio español enviaron plenipotenciarios a Londres y otras cortes europeas para lograr el reconocimiento político (Baeza, 2021). Santa Cruz sabía que negociando

en dichas cortes podía lograr lo mismo que ya habían alcanzado parcialmente la mayoría de los nuevos estados hispanoamericanos, para lo cual nombró cónsul general en Londres y Madrid al español José Joaquín de Mora. Este último conocía bien la realidad chilena, pues había vivido en Chile y participado activamente en la política interna, entre 1827 y 1831, año en que fue exiliado por Prieto, para luego instalarse primero en Perú y luego en Bolivia, pasando a convertirse en un ferviente partidario de la Confederación (Sobrevilla, 2011: 120).

En consonancia con esta perspectiva, Juan Bautista Alberdi, que se había exiliado por su oposición al régimen de Rosas en 1838, resaltó en la biografía que escribió sobre el general Bulnes a pocos años de finalizado el conflicto, una observación significativa. Al describir la partida de las tropas desde Lima hacia el norte de Chile, Alberdi asegura que la mayoría de los extranjeros presentes apoyaban decididamente al general Santa Cruz y se aliviaban con el retiro del Ejército Restaurador y el posible regreso de la fuerza confederada (Alberdi, 1846: 45).

El historiador Gonzalo Bulnes afirma que los planes de Santa Cruz eran aceptados por la Europa monárquica y que el rey de Francia, que no veía con buenos ojos la fundación y prosperidad de nuevas repúblicas, distinguía y protegía este proyecto. Bulnes agrega que los enviados diplomáticos de Europa fueron los más decididos partidarios que tuvo en Lima y que el rey Luis Felipe le envió la gran cruz de la legión de honor (1878: 203). La evidencia de este apoyo surge a raíz del testimonio del agente chileno en Francia, Francisco Javier Rosales, quien habría sido hecho llamar por el rey Luis Felipe a las Tullerías cuando se conoció la noticia del triunfo de Yungay:

Este interés del rey por una empresa tan lejana, agregada a la conducta de su ministro, a la distinción que honró a Santa Cruz, i a lo que decía la opinión pública en aquella época, dan motivo para creer en la realidad del apoyo del rey de los franceses (Bulnes, 1878: 203).

Gonzalo Bulnes destacaba la cercanía del boliviano con Europa y su obsesión por ganar la estima de los agentes de otros países:

Ambicioso de popularidad, soñaba con el prestigio de una fama universal, y no descuidaba para obtenerla, esos pequeños arbitrios de cortesía y de consideración con los ministros diplomáticos, a quienes el agradecimiento convertiría, más tarde, en los heraldos de su popularidad en los países de ultramar (Bulnes, 1878: 238).

En esta misma línea, agregaba Bulnes: «Las naciones de Europa, y por consiguiente sus nacionales y enviados, apoyaban con su simpatía, las tentativas monárquicas del general Santa Cruz» (1878: 240).

De igual forma, Sotomayor asegura que era un hecho notorio que «la mayor parte, sino todos los miembros de los cuerpos diplomáticos y consular y sus respectivos compatriotas residentes en el Perú, miraban con marcada simpatía el Gobierno Protectoral» (1980: 399).

Gran parte de este apoyo lo había conseguido Santa Cruz acabando con la anarquía que parecía reinar en Perú y a través de tratados de amistad, comercio y navegación con Estados Unidos y Gran Bretaña, condescendiendo a

los deseos de ambos gobiernos (Sotomayor, 1980: 399). En contraposición, una vez que Agustín Gamarra llegó al poder, gracias al apoyo del Ejército Restaurador, comenzaron los inconvenientes:

Apenas instalado el gobierno de Gamarra, suscitáronle los ministros diplomáticos residentes en Lima diversas y espinosas cuestiones que dieron margen a controversias ardorosas, en las que visiblemente terció parte de más de uno de los agentes diplomáticos el mal disimulado empeño de favorecer la causa del Protector (Sotomayor, 1980: 399).

La mejor evidencia del apoyo que ejerció el Imperio británico al mariscal boliviano fue la protección que le otorgó el vicecónsul Crompton, luego de la derrota en Yungay (20 de enero de 1839), a través del resguardo que le proveyó en el buque inglés *Samarang* que estaba en la costa de Islay (Bulnes, 1878: 429).

Diego Barros Arana, en tanto, asegura que John Walpole, cónsul general de S.M.B. en Santiago, había molestado mucho al gobierno

de Chile, promoviendo cuestiones de varias clases con motivo de la guerra contra la Confederación, respecto de la cual profesaba «mal encubierta simpatía» (Barros Arana, 1913: 96 y 97) y cuyas acciones contra Chile se extendieron incluso después de terminada la guerra (Barros Arana, 1913: 76).

En una línea muy similar a la de Bulnes, Ramón Sotomayor, en su monografía sobre la guerra, afirmaba que el mariscal boliviano generaba un atractivo a las potencias debido a su pasado incaico que lo conectaban y proyectaban como un líder sudamericano:

No es de extrañar que Santa Cruz, el hijo de la cacica Calaumana, llegase a parecer a los ojos de esos gobiernos y particularmente a los de Gran Bretaña y de Francia, cual un Tamerlán americano o cual un nuevo Manco Capac bañado en las aguas de la civilización cristiana (Sotomayor, 1896: 14).

En el caso de Francia, el vínculo con los galos permaneció incluso después de definido el conflicto, tal como se desprende de la correspondencia enviada por el cónsul de Chile en

este país, Francisco Javier Rosales, en la que informaba que el ministro de Relaciones Exteriores de Francia, François Guizot, estaba permanentemente preocupado de la suerte de Santa Cruz (Rosales, 1844: 340).

Con todo, es importante considerar que las actuaciones individuales no necesariamente coinciden con las actuaciones a nivel de Estado. Oficialmente, por ejemplo, el gobierno británico se mantuvo fiel a la política de neutralidad que solía esgrimir en los conflictos internacionales y que ya había defendido durante las guerras de independencia. El trasfondo de esta actitud, no obstante, obedece a sus propios intereses, dado que un continente sumido en guerras y conflictos intestinos era perjudicial para el normal desarrollo de las actividades de las casas comerciales. De hecho, durante los años siguientes, las relaciones diplomáticas y comerciales entre Chile y Gran Bretaña solo se profundizaron, lo que queda en evidencia con la firma del Tratado sobre la abolición del tráfico de esclavos, firmado entre ambos estados en enero de 1839 como segundo paso para el reconocimiento político otorgado por Gran Bretaña a Chile en 1831.

2.3 Chile solo contra el mundo

Como decíamos anteriormente, José Miguel De la Barra escribió la primera reseña histórica de este conflicto apenas veinte años después. Su interpretación de la guerra es que se trató de un enfrentamiento circunscrito a Chile, Perú y Bolivia, y en el que los Estados europeos parecieron no haber tenido ninguna injerencia. Solo en el epílogo de su obra, al momento de valorar la victoria chilena, hace una referencia al rol de las potencias europeas, aunque no pasó de ser un apoyo moral a la Confederación:

Chile entonces estaba mui lejos de adquirir el grado de respeto de los estraños que en la actualidad disfruta: mirábanle de reojo los mismos pueblos hermanos, i hasta dos grandes Potencias de Europa contrariaban sus desig-nios i favorecían mas o menos abiertamente a sus adversarios (De la Barra, 1851: 21).

En una línea similar, Alberdi aseguraba que la declaración de guerra resultaba incomprendible para el resto del mundo, considerando la disparidad de fuerzas y prestigio entre Chile y la Confederación. Al respecto, afirmaba: «La

América del Sur, deslumbrada con el poder del general Santa Cruz halló quijotesco este paso (declarar la guerra). El modesto Chile, que solo poseía el secreto de su capacidad, dejó hablar a la América» (1846: 34). Con esto, Alberdi enfatizaba la soledad con que Chile debió afrontar el conflicto, algo que también se repetiría en futuras interpretaciones.

Uno de los autores que más se destaca en este propósito es Gonzalo Bulnes, quien dedicó un capítulo a las relaciones diplomáticas. Aunque reconoce que el cuerpo diplomático de las potencias extranjeras era numeroso, Bulnes destaca a aquellos que se distinguieron por su hostilidad contra la causa de Chile, comenzando por el encargado de negocios de Gran Bretaña, el coronel Bedord Hinton Wilson. Según Bulnes, «fue durante la ocupación del Ejército Restaurador, no solo el amigo de confianza de Santa Cruz, sino el jefe visible de su causa i de su partido» (Bulnes, 1878: 239). Seguía en la lista de antipatías de Bulnes, el representante de Francia, Armando Saillard, quien, a su juicio, era tan enemigo de Chile como su colega Mr. Wilson, «i fue su cooperador eficaz en la

triste cruzada que emprendió contra el ejército chileno» (Bulnes, 1878: 239).

En términos generales, asegura Bulnes, «los diplomáticos europeos en particular, eran mui adictos al general Santa Cruz, i habian sabido comunicar sus simpatias i sus odios a los nacionales de sus respectivos países» (Bulnes, 1878: 239-240). Una demostración de este soporte fue la protección que los extranjeros dieron al fuerte de El Callao, que se mantuvo como una fortaleza inmune a los ataques del Ejército Restaurador durante todo el conflicto, pese a todos los esfuerzos por forzar su desalojo:

Este trabajo prolijo y fatigoso, era burlado por la complicidad de los jefes de las estaciones navales de Francia e Inglaterra principalmente, que proveían durante la noche a los castillos de cuanto necesitaban para su defensa. Su complicidad no se daba siquiera, en el último tiempo, el trabajo de encubrirse (Bulnes, 1878: 224).

Según el relato del mismo Bulnes, a propósito de la supuesta entrevista que sostuvo el agente

Francisco Javier Rosales con el rey Luis Felipe en las Tullerías, el monarca francés le habría asegurado que le costó creer la noticia de Yungay «porque la empresa de Chile le había parecido desesperada i desigual i manifestando que estaba cuidadosamente impuesto de todos los incidentes de la guerra» (Bulnes, 1878: 203).

El testimonio coincide con el antecedente que entrega Sotomayor en relación a la habilidad de Santa Cruz para elaborar y difundir propaganda a favor de la Confederación y en contra de Chile en la prensa extranjera. A modo de ejemplo, señala: «El Glove de Londres se hizo notable, desde las primeras dificultades entre Chile y el Protector, por los virulentos ataques contra el primero, y sus apasionadas defensas en favor del segundo» (Sotomayor, 1980: 36). Acto seguido, agrega:

Los mismos acreedores de Chile en Londres, bastantes descontentos ya, a causa de la insolución de sus créditos, fueron azuzados a hacer manifestaciones insultantes al Gobierno chileno, a quien en reuniones

públicas y en artículos de prensa calificaron de tramposo (Sotomayor, 1980: 36).

Parte importante en esta labor de propaganda la cumplió José Joaquín de Mora, quien, como señalamos anteriormente, se encontraba en Inglaterra con el carácter de cónsul general y agente confidencial encargado de la adquisición de buques para la Confederación. De acuerdo con Sotomayor, «la misión de Mora tuvo por principal objeto inclinar la opinión de los gobiernos y de la prensa, sobre todo de Inglaterra y Francia, a favor de la Confederación Perú-Boliviana y contra Chile» (Sotomayor, 1980: 447).

Por otro lado, y en línea con lo planteado por Bulnes, el mismo autor afirma también que el bloqueo que intentó realizar el general Manuel Bulnes por orden del gobierno no pudo llevarse a cabo de manera efectiva como consecuencia de la presencia de las fuerzas navales de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, que entorpecían sin disimulo esta medida (Sotomayor, 1980; 383).

Por su parte, Diego Barros Arana asegura que mientras algunos creían que la demora en

el envío de la segunda expedición se debía a tratativas para obtener algunas concesiones ventajosas para Chile, la realidad era otra:

La verdad era bien diferente; y el gobierno del general Prieto manifestó en esa ocasión la seriedad de propósitos que le había legado Portales, y que don Andrés Bello mantenía y realzaba en las relaciones diplomáticas, sosteniendo el nombre y la dignidad de la patria chilena con la arrogancia de algunos de los neutrales (Barros Arana, 1913: 89).

Los testimonios extranjeros fueron escasamente valorados de forma positiva por estos historiadores, lo que se dio especialmente cuando estos hacían referencia a aspectos positivos de Chile como la moralidad y comportamiento del ejército chileno. Bulnes, por ejemplo, menciona el relato del cónsul de los Estados Unidos quien destacó «los testimonios del estado de disciplina i moral» (Barros Arana, 1913: 96) tanto del comandante del ejército, como de las fuerzas bajo su mando. Sobre este punto, añade Gonzalo Bulnes respecto de su padre y de los obstáculos que generaron los representantes extranjeros:

«Solo la inquebrantable energía de su jefe pudo mantener vivo el entusiasmo en el corazón del ejército en momentos en que todo conspiraba a desalentarlo» (Bulnes, 1878: 266).

En términos generales, esta historiografía decimonónica construyó, a partir de los antecedentes que poseía, una visión negativa sobre el rol que ejercieron otros Estados en la guerra contra la Confederación. En definitiva, se deduce de estas obras que, a pesar de las adversidades, si Chile pudo sobreponerse y salir victorioso, fue tanto gracias al mérito de quienes estuvieron a cargo, como a una concepción particular y excepcional del Estado chileno y de su gente, propia de la historiografía decimonónica, como refleja la particular visión que tenía Gonzalo Bulnes sobre la historia de Chile (Ossa, 2013: 187).

3. El rol de las potencias extranjeras según la historiografía del siglo XX y XXI

A diferencia de lo ocurrido durante el siglo XIX y gran parte del siglo XX, periodo en el que hubo una baja producción sobre temas militares (Gazmuri, 2012: 159) en beneficio

de otras temáticas de índole económico y social (Pinto, 2016), a partir de fines de del siglo XIX ha surgido un mayor interés por estudiar este conflicto desde distintas y novedosas perspectivas. Estas se insertan en lo que Aurell ha definido como una comprensión más compleja y matizada de la sociedad y de la historia (2008: 179). Este giro también obedeció a una transformación en el campo disciplinar que demandó un acercamiento profundo a las ciencias sociales y a relativizar la importancia de «lo político» como objeto de estudio de la Historia (Iggers, 2012: 64-65). También es importante considerar aspectos propios del siglo XX que llevaron a los historiadores a plantearse de manera más crítica hacia la guerra, en especial tras la experiencia de la Segunda Guerra Mundial (Iggers, 2012: 224-225).

Forman parte de este grupo, aunque con una amplia diversidad de miradas entre sí, los trabajos de María Elisa Fernández, (1989, 2009 y 2016), Sergio Villalobos (1989, 2004, 2016 y 2017), Simon Collier (2008), Gabriel Salazar (2005), Magdalena Valdés (2007), Carlos López (2007), Ana María Stiven (2017),

Francisco Betancourt (2008), Carlos Donoso y Jaime Rosenblitt (2008), Gabriel Cid, Gustavo Monrroy (2013) y Gonzalo Serrano (2011, 2011-2012, 2013, 2016, 2017, 2021 y 2023). A través de estas investigaciones, se rompe el modelo positivista y nacionalista con que había sido abordada la guerra, ampliando el número de variables e intereses que estaban en juego en esta época, por ejemplo, analizando las dinámicas internas que tensionaron a la Confederación, tal como lo han hecho, en este último tiempo, Víctor Peralta (2020) y Patricio Alvarado-Luna (2021) para el caso peruano y Colàs para el boliviano (2023).

Siendo más específicos, como parte de estos estudios, hay una línea de trabajo que inserta el estudio de la guerra en los procesos de construcción de los estados nacionales en Latinoamérica, siguiendo una corriente proveniente de Europa (Hernández, 2004: 430). En esta línea, la guerra de Chile contra la Confederación Perú-Boliviana ha sido estudiada como parte de este proceso por autores como Simon Collier (2008), Ana María Stiven (2017), Gabriel Cid (2008, 2009 y 2011)

y Magdalena Valdés en su tesis sobre reclutamiento forzado (2007).

Uno de los primeros en analizar este tema fue Collier (la primera edición fue publicada en inglés en 2004), quien cuestiona la hipótesis que establecía que la victoria de la guerra impulsó el sentimiento de independencia como nación. A propósito de esta victoria, se refiere al fastidio que provocó en el ministro Joaquín Tocornal la parcialidad de los británicos y franceses en favor de la Confederación, pero que todo esto se esfumó con la victoria de Yungay: «Y es así como en París, el rey Louis Philippe felicitó personalmente al *Chargé d'affaires* de Chile» (97).

De manera similar, Villalobos en su compendio de las relaciones entre Chile y Perú (2004) hace varias alusiones a la participación de algunos actores extranjeros en este conflicto, en especial, las valoraciones positivas hacia Santa Cruz de parte del encargado de negocios de Francia y del cónsul británico (2004: 23-75).

Resulta relevante revisar estas investigaciones para comprender que la ausencia de otros

actores involucrados en el conflicto (en este caso, Estados Unidos, Inglaterra y Francia), no guarda relación con su falta de relevancia, sino con su irrelevancia para la construcción del relato nacionalista durante la guerra; en especial, después del triunfo de Yungay, cuando se promovió la formación de un sentimiento nacional. Tal como lo señala Cid: «Uno de los principales legados de la Guerra contra la Confederación Perú-boliviana fue aumentar de forma particularmente importante el sustrato de estereotipos, mitos y discursos en torno a la identidad nacional chilena» (2011: 226).

Para el caso peruano, resulta relevante la revisión de la prensa que realizó Ana María Stiven. De este trabajo se puede desprender que, aunque el proyecto de Santa Cruz tenía el apoyo de los representantes de las principales potencias europeas, no contaba con la aprobación de sectores claves de Perú: «La principal oposición a Santa Cruz y al proyecto confederado provino de los Estados del norte, para los cuales las arengas de un nacionalismo unitario para la región no hacían sino exacerbar su rechazo al proyecto de Confederación» (429).

En lo que se refiere al rol de las potencias en la guerra hay varias menciones en estos trabajos, pero todas ellas tangenciales al conflicto. Sergio Villalobos, en su historia de las relaciones entre Chile y Perú (2004), se refiere al interés del mariscal por tener buenas relaciones con Gran Bretaña: «A través de todo su plan político y militar, Santa Cruz buscó repetidamente el apoyo británico favoreciendo su comercio y proximidad de su poder naval» (40). A pesar de sus intenciones y el apoyo del cónsul Belford H. Wilson, no fueron suficientes para cambiar la neutralidad del Foreign Office (41).

Por otro lado, Amelia Guardia (2007) analiza la idea confederacionista de Andrés Santa Cruz y dedica un capítulo a las relaciones internacionales, en lo que constituye más bien un resumen de bibliografía general sobre el tema que un trabajo con fuentes primarias.

María Elisa Fernández, en tanto, retoma la tesis de que Santa Cruz contaba con la simpatía de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos de América, y la razón es que todos ellos «reconocieron en Santa Cruz un interés

por la conservación de la paz en Sudamérica e, incluso, propusieron sus servicios como mediadores en el conflicto» (2009: 84).

Otros autores contemporáneos estudiosos de este conflicto han llegado al tema de las relaciones con los otros países por los intereses comerciales que se podían ver afectados a raíz de la Confederación. El historiador argentino Jorge Saborido, a partir del intercambio epistolar entre el dictador Juan Manuel de Rosas y al gobernador Alejandro Heredia, recoge la preocupación de que Santa Cruz, a partir de su cercanía con Francia e Inglaterra, lograra reactivar la relevancia de Lima en el comercio en desmedro de Argentina y Chile (2009: 144).

El historiador peruano Gustavo Monrroy, en tanto, aunque no aborda el rol de las potencias, sí establece que la política comercial de Santa Cruz a favor del comercio exterior y en contra de las medidas proteccionistas pudo haber sido un factor determinante en el rechazo de los pequeños comerciantes al proyecto confederado, lo mismo que los sectores artesanos, pregunta que deja abierta y que considera necesario estudiar (2013: 21).

Gonzalo Serrano, al igual que Monrroy, se ha acercado de manera tangencial a estudiar el rol de las potencias en este conflicto como también de los actores no estatales que estuvieron involucrados. En uno de sus primeros trabajos (2013) dedica uno de los capítulos a estudiar las relaciones entre el influyente empresario Josué Waddington y el vínculo comercial con Diego Portales, por un lado, y Santa Cruz, por el otro (83-88). Igualmente, analiza el rol de las casas comerciales, en su mayoría británicas, y los beneficios que implicaba gracias al suministro de armas y vituallas, un conflicto entre los países (157-185). Además, en un artículo posterior, estudió la presencia de Andrés Santa Cruz en Chile (2016), luego de la derrota en Yungay, y estableció, a modo de hipótesis, que la preocupación del gobierno de Manuel Bulnes por protegerlo de sus enemigos y satisfacer sus necesidades (un mozo, vinos franceses y medios para cazar, entre otras cosas), se explicaba por la importancia que tenía el personaje para la monarquía británica y, sobre todo, francesa.

Hacia la segunda mitad del siglo XX, se publicaron en Chile algunos trabajos específicos

sobre la guerra desde una visión tradicional de las relaciones internacionales; es decir, que únicamente considera la actuación de agentes estatales y los intereses nacionales. Aquí se inserta el artículo escrito por Hernán Ramírez (1961) sobre el gobierno británico y la guerra contra la Confederación, que es quizás el que más se acerca a una mirada desde la diplomacia que, aunque novedosa para este caso, no toma en cuenta a otros actores no estatales que pudieron haber sido relevantes en el juego de los equilibrios de poder. Algo similar sucede con la Historia Diplomática, de Mario Barros (1970), aunque en una clave diametralmente opuesta a la de Ramírez Necochea, pues se basa en «ánimo profundamente nacionalista» (Gazmuri 2009: 444), a diferencia de Ramírez, cuya perspectiva era marxista. Al igual que los historiadores decimonónicos, Barros se limita a afirmar que «durante la guerra, Inglaterra y Francia se jugaron por Santa Cruz hasta extremos que bordean la beligerancia con Chile» (Barros, 1970: 131-132). Otras contribuciones posteriores buscaron alejarse de la lógica decimonónica que acentuaba el perjuicio experimentado por Chile a raíz de la actitud de las potencias y también pusieron

en discusión el rol que habrían tenido Andrés Bello y Diego Portales en la definición de la política exterior de Chile en aquellos años como factor determinante para llevar a cabo la guerra (Márquez y Gamboa, 1965; González, 1977; Lorenzo, 1989 y Jaksic, 2001).

Respecto a este mismo tema, la historiografía peruana y boliviana replica en parte lo desarrollado en Chile, en el sentido de que la historiografía de gran parte del siglo XX (Riva-Agüero, 1910; Basadre, 1931 y 1949 y Cajías, 1975) se centró en los aspectos internos de la guerra y en el conflicto entre los estados involucrados, minimizando la acción de otros estados, replicando la perspectiva tradicional de las relaciones internacionales que hemos visto para el caso chileno.

No obstante, los principales aportes más recientes provienen de los análisis económicos del periodo, que han permitido situar el origen de la guerra en un entramado de intereses económicos y comerciales tanto de las élites terratenientes, mineras y comerciales de los estados involucrados, como de las principales potencias europeas, que a esas alturas habían

extendido considerablemente sus redes comerciales hacia el Pacífico sur (Wu, 1991; Gootenberg, 1997; Halperin, 2002; Bulmer-Thomas, 2010, Contreras, 2011, Rosenblitt, 2013a y 2013b, Mazzeo, 2018 y Conti, 2018). En estos casos, se incluye también el rol de actores no estatales y su incidencia en el conflicto.

Esto último ha sido complementado por trabajos más recientes que abordan el conflicto desde una dimensión internacional de múltiples variables en juego y no tan solo económicas. Desde esta perspectiva, destacamos para nuestro análisis los trabajos de Jorge Ortiz (2005), Natalia Sobrevilla (2015) para el caso peruano, y el de Phillip Parkerson (1984) para el boliviano. La novedad del trabajo de Ortiz radica en la revisión, en el *Foreign Office* de las comunicaciones que los comandantes navales remitían al almirantazgo «y que planteaban la otra parte de la compleja relación que ambos representantes británicos mantenían entre sí y con las autoridades locales en la costa sudamericana» (2005: 18). Asimismo, aborda las tensiones entre los representantes británicos: Belford Wilson, que apoyaba a la Confederación, y John Walpole, que defendía

la causa chilena (2005: 176 y 177). De este modo, entre los aspectos a destacar, están aquellos referidos a la opinión de los cuerpos de comandantes británicos respecto de sus pares chilenos (2005: 178), la opinión crítica de cómo Chile se condujo en la guerra (2005: 179) y el rol de la Estación Naval Británica a favor de la Confederación (2005: 206).

Sobrevilla, en tanto, a través de una investigación que incluyó los informes de los agentes británicos del *Foreign Office* llega a conclusiones convincentes, que pueden servir de guía en el desarrollo de futuras investigaciones. Desde el inicio, dice la autora, Gran Bretaña miró con buenos ojos la ascendencia indígena de Santa Cruz que podría servir como un factor de unión en Bolivia (2015: 45). Asimismo, hace referencia a la cercanía del boliviano con el cónsul francés (2015: 148) y el rey Luis Felipe de Orleans (2015: 194), además de Estados Unidos. A partir de estas conexiones, Sobrevilla llega a la conclusión de que Santa Cruz «estaba convencido de que su respaldo y reconocimiento oficial pondrían a salvo a la Confederación de sus enemigos» (2015: 197), aunque ninguno

de ellos estuvo dispuesto a tomar medidas concretas en su defensa (2015: 203).

El trabajo de Parkerson sobre Santa Cruz resalta las buenas relaciones que tenía el mariscal con las grandes potencias y el esfuerzo constante que realizó «para acrecentar la legitimidad y el respeto de su nueva creación política» (1984: 150). Entre los hechos que destaca, figura el gran cordón de la legión de honor que fue conferida a Santa Cruz por el rey Luis Felipe en 1836 (1984: 152). Asimismo, aborda el interés de los encargados de negocios de Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña por lograr una mediación entre la Confederación y Chile, pero que fue rechazado por este último país, aduciendo que una acción de ese tipo debía ser aceptada también por Argentina y Ecuador (1984: 188 y 189). También considera las gestiones de José Joaquín de Mora en Inglaterra y asegura que este país no intervino, luego de ver los problemas que tuvo Francia en México y Buenos Aires (1984: 257), y los últimos años del mandatario boliviano en el exilio (1984: 311-315).

En definitiva, aunque la historiografía de la segunda mitad del siglo XX y del siglo XXI ha explorado diversos aspectos de la guerra y ha incluido la perspectiva internacional del conflicto como una variable de análisis, aún queda un amplio terreno por investigar. Más allá de la opinión más o menos favorable que las potencias europeas o Estados Unidos pudiesen tener respecto de la Confederación o de Chile, es fundamental comprender los intereses en juego que llevaron a estas potencias a apoyar a uno u otro bando. Este análisis se puede realizar a nivel estatal, asumiendo la visión de un Estado como un todo a través de la actuación de sus agentes oficiales. Sin embargo, también es posible examinar la influencia internacional diferenciando a actores no estatales como mercaderes, inversionistas o comerciantes, cuyos intereses no necesariamente coincidían con los de su nación de origen.

4. Nuevas formas de abordar el conflicto

A partir de estos antecedentes, una propuesta para abordar este tema es tomar como modelo las investigaciones dedicadas al papel que tuvieron estas potencias durante el complejo

proceso de independencia y construcción de estados en América Latina (Wilgus, 1937; Burr, 1974; Davis, 1977; Pittman, 1981; Herb y Kaplan, 2008). Como han dejado en claro Elliott (2001), Lemperiere (2013) y Chust y Frasset (2013), el proceso de construcción de los estados hispanoamericanos se inició en medio de una lucha interimperial que involucró a tres imperios coloniales como Gran Bretaña, Francia y España, a lo que se sumó también una participación cada vez más activa de Estados Unidos. En este escenario, las autoridades de los nuevos estados buscaron oportunidades para negociar con estas potencias a cambio de preservar su soberanía, lo que, podemos afirmar, se proyectó hacia el conflicto analizado en esta investigación.

El caso de Gran Bretaña ha sido, sin duda, el más controvertido, debido a su rol de imperio hegemónico durante la primera mitad del siglo XIX. En el transcurso de las guerras de independencia, su postura oficial fue la de mantener un estricto apego a la política de neutralidad y de no involucrarse directamente en la disputa entre España y sus colonias (Wadell, 1987). Existe suficiente evidencia

documental de carácter diplomático y político que permite sostener esta postura y fue, de hecho, una política de largo aliento que mantuvo el *Foreign Office* frente a diferentes conflictos bélicos que tuvieron lugar durante el siglo XIX, como las propias guerras de independencia, la intervención francesa en México en 1862 y la Guerra civil norteamericana (1861-1865) (Dougherty, 1965; Frei, 2020). Sin embargo, el desarrollo de la tesis del «imperialismo informal» a partir del trabajo de Gallagher y Robinson (1951) y secundado por gran parte de la historiografía ha conllevado un fuerte cuestionamiento a dicha tesis. De acuerdo con esta perspectiva, los intereses británicos en América latina —y, en particular, en Chile— habrían operado por otros medios «no formales», destacando en particular el activo rol jugado por las casas y agentes comerciales en la apertura del comercio libre por parte de los nuevos estados (Kinsbruner, 1970; Mayo, 1987; Barton, 2014 y Besseghini, 2021). Esto supone, por un lado, asumir una coincidencia de intereses entre actores «no estatales» —como los comerciantes— y «estatales» —como autoridades de gobierno y agentes diplomáticos—, y por otro, que dichos intereses eran la

proyección de una expansión imperial. No obstante, el que dicha coincidencia haya sido necesaria y a la vez una proyección imperialista ha sido puesto en duda por autores como D.C.M Platt (1972) y Peter Marshall (2005), quienes apuntan a una disociación de intereses entre el «Estado» y los comerciantes en el primer caso, y una distinción entre actores estatales y no estatales en el segundo. Esto implica, para futuras investigaciones sobre la guerra, dilucidar si acaso las intenciones de unos y otros actores efectivamente coincidían y si, dado que en Chile y Sudamérica ya existía una profusa actividad de las casas comerciales británicas, predominó su mirada más pragmática respecto a qué bando apoyar.

Ahora bien, una óptica distinta y que permitiría entender la persistencia de la política de neutralidad por parte de Gran Bretaña es la que ofrece Leos Müller (2020), quien aborda la política de neutralidad en una perspectiva de largo plazo y mundial. De acuerdo con su tesis, la política de neutralidad ha sido sostenida por diferentes estados desde el siglo XVI y por diversos intereses. Sin embargo, hay un patrón común entre quienes han sostenido

dicha política por más tiempo, especialmente desde el siglo XVIII: suelen ser potencias marítimas como Países Bajos, Suecia, Dinamarca, Portugal, Gran Bretaña y Estados Unidos. Para Müller hay una estrecha conexión entre declarar la neutralidad frente a los conflictos y la relación con el mar, puesto que la política de neutralidad se transforma en una herramienta político-jurídica para defender el comercio libre y así evitar cualquier riesgo para los súbditos o ciudadanos que llevan a cabo la actividad comercial bajo bandera de dichos estados. De este modo, afirma Müller:

los Estados marítimos neutrales lucharon por sus derechos a comerciar y navegar libremente en tiempo de guerra, con quien fuera y donde fuera, emplearon argumentos jurídicos para garantizar la libertad marítima y tomaron medidas para hacer valer sus derechos comerciales (Müller, 2019: 3).

Lo interesante es que esta política de neutralidad se mantuvo hacia los siglos XIX y XX, siendo el principio rector del derecho internacional durante el periodo tras el fin de las guerras napoleónicas (1815), inaugurando

una «edad de oro» de la neutralidad (Müller, 2019: 84). Es en este contexto que debemos situar la política británica de neutralidad y también la de Estados Unidos, que fue otro estado marítimo que se apejó a esta política durante el periodo que estudiamos.

A partir de esto es que debemos considerar la acción cada vez más protagónica de Estados Unidos en la política internacional conforme avanzaba el siglo XIX, que rivalizaba, a su vez, con los intereses británicos (Temperley, 1966; Besseghini, 2020). Como antecedente directo en el contexto que estamos abordando, podemos mencionar la declaración de la Doctrina Monroe (1823), mediante la cual se definieron los principios sobre los cuales se articularían sus relaciones con los estados hispanoamericanos con las principales potencias europeas que todavía tenían intereses en estos territorios. Pese a que suele tomarse este hito como el inicio de la política neoimperial estadounidense hacia América Latina (Gleijeses, 1992), de acuerdo con autores como Jay Sexton (2009), la declaración de esta doctrina habría sido también un mecanismo de defensa frente al expansionismo comercial

británico hacia el Pacífico. De hecho, está ampliamente demostrado que al menos desde el siglo XVIII, se diseñaron diferentes planes para extender las redes comerciales británicas hacia el Pacífico, lo que incluyó considerar incluso la posibilidad de invadir territorio chileno (Terragno, 2001; Urbina, 2018). Con las guerras de independencia, dicha expansión debía ser mediada por los nuevos gobiernos independientes, incluyendo a Chile, que ya desde el gobierno de Bernardo O'Higgins había demostrado su voluntad de ser un actor naval y comercial predominante en dicho océano (Baeza, 2021a: 319-327). Esto colisionaba, sin duda, con el interés de Estados Unidos de extender sus redes comerciales hacia el sur, lo que, con el advenimiento de Portales y su interés de convertir a Valparaíso en el epicentro comercial del Pacífico sur, se vería amenazada. En este escenario, plantea Bernal-Meza se explica que, tras una supuesta neutralidad frente al conflicto, Estados Unidos en realidad apoyara a la Confederación, pues «este hecho representa la primera referencia de la rivalidad de Washington con Santiago, fundada en la desconfianza sobre el efecto del poderío que podría alcanzar: Chile de

salir triunfante en la guerra» (Bernal-Meza, 1996: 137).

Con respecto a Francia, también es evidente que, a pesar de sus conflictos internos, mantuvo una clara política de proyectar sus intereses económicos hacia América Latina durante la década de 1830 y con mayor claridad hacia la década de 1860 bajo el imperio de Napoleón III. Ya en 1831 se había adelantado a Gran Bretaña en el reconocimiento de las repúblicas de Chile, Perú y Guatemala, lo que generó la inmediata reacción del gobierno británico en el mismo sentido (Baeza, 2021a: 328-330). Pero sería hacia el final de la década que emprendería acciones directas para intentar ejercer cierta hegemonía: el bloqueo marítimo al Río de la Plata (1838-1840) y la invasión a México en 1838, que dio paso al acontecimiento que se conoció como la «guerra de los pasteles». El caso del bloqueo marítimo sería un tema interesante que analizar para el caso de la Confederación, ya que no solo era el reflejo de una política expansionista, sino que una manera de incidir en favor del proyecto de Santa Cruz en su rivalidad con la Confederación

Argentina creada por Juan Manuel de Rosas en 1831 (Cady, 1943).

En esta línea, así como la «guerra de los pasteles», hubo otros acontecimientos similares (Guerra Grande y la Guerra de Estados Unidos frente a México) que podrían servir de punto de comparación y entregar valiosos antecedentes para delinear lo que la política exterior de las potencias extranjeras, más aun considerando que fueron cercanas a la guerra de la Confederación.

En todos estos casos, la tendencia predominante en la historiografía es la de caracterizar la relación con los nuevos estados hispanoamericanos como esencialmente asimétrica, tendiendo a minimizar cualquier capacidad de agencia de sus actores políticos, comerciales y diplomáticos. Bajo esta lógica, cualquier interacción entre estas potencias con proyecciones imperialistas y los nuevos estados americanos queda subsumida en la lógica neocolonial, lo que impide abordar dichas interacciones en su complejidad. Otra postura, aunque minoritaria, apunta a sostener que lo que habría caracterizado las relaciones entre

estas grandes naciones y los Estados hispanoamericanos durante la primera mitad del siglo XIX habría sido más bien la «indiferencia» y que América Latina no habría sido un objetivo estratégico de la política exterior británica ni tampoco estadounidense (Bernal-Meza, 1996). En este último caso, el interés real de Estados Unidos hacia Sudamérica pasaba ante todo por mantener alejadas a las potencias europeas como una proyección de la Doctrina Monroe y así fomentar sus intereses económicos en la región.

En el caso de la guerra de Chile contra la Confederación, sostenemos que una adecuada comprensión de la dimensión geopolítica de este conflicto supone también considerar la capacidad negociadora de los líderes de estos estados con las potencias extranjeras y entender que, en esta disputa, actores como Portales y Santa Cruz se posicionarían ante los agentes diplomáticos de dichas naciones anteponiendo los intereses de sus respectivos estados y no necesariamente cediendo a ellos.

En resumen, es posible afirmar que el rol de las potencias extranjeras en este conflicto es una

proyección del papel que ejercieron durante las guerras de independencia, caracterizada por la declaración de una política de neutralidad, pero también por un evidente pragmatismo a la hora de inclinarse a favor de alguno de los bandos enfrentados.

5. Conclusiones

La escritura de la historia de los países sudamericanos, posterior a la independencia, fue realizada con la intención implícita y explícita del engrandecimiento de las naciones cuyos estados estaban en proceso de construcción. En el caso específico de Chile, un ejemplo de esto lo encontramos después del triunfo contra la Confederación. La victoria de Yungay de 1839 motivó al gobierno del presidente Joaquín Prieto a contratar al intelectual Claudio Gay para que redactara la primera Historia Oficial de Chile (Sagredo, 2009: 39).

En esta línea, los acontecimientos debían ser ordenados con el fin de quien la leyera pudiera sentirse orgulloso de la nación a la que pertenecía. En este caso, presentar la unión de Perú y Bolivia en una Confederación como

una amenaza a los intereses de Chile favoreció este relato, lo mismo que destacar el apoyo irrestricto que tuvo el mariscal Andrés Santa Cruz y su proyecto de parte de las principales potencias europeas en contraste con un país que parecía estar solo y menospreciado. Pese a esta adversidad, Chile, según los historiadores de este país, logró sacar la tarea adelante y acabar con Santa Cruz y su proyecto confederado, restaurando el equilibrio continental.

Esa fue la línea argumental que se mantuvo durante el siglo XIX y gran parte del siglo XX. Con el tiempo, la atención hacia este conflicto disminuyó, pero hacia finales del siglo XX resurgió el interés por estudiar la cuestión de la nación en el siglo XIX (Cid, 2012: 331), lo que permitió abordar esta guerra desde perspectivas renovadas.

No obstante, el rol de las potencias extranjeras solo se tocó de manera tangencial y no fue motivo de interés más que en algunas monografías que trataban el tema, pero siempre de forma marginal y hasta casi anecdótica, sin evidencias documentales que hicieran nuevos aportes.

Algunas excepciones destacan por el lado peruano; nos referimos a las investigaciones de Jorge Ortiz y Natalia Sobrevilla realizadas a partir de la revisión de archivos extranjeros que demuestran una mirada más compleja de la que habían presentado la historiografía chilena de fines e inicios del siglo XIX y XX.

Una nueva propuesta requiere situar la guerra contra la Confederación como una parte más y no un capítulo distinto en la construcción de los estados en Latinoamérica. De igual forma, exige considerar el rol de las principales potencias europeas en un rango de tiempo mayor para poder comprender sus posturas como parte de una política de largo plazo y no en respuesta a la contingencia o algún personaje particular —en este caso Santa Cruz—, como se la ha intentado mostrar.

Asimismo, urge identificar además de los actores estatales a los actores no estatales, como lo fueron las casas y agentes comerciales instalados en Sudamérica. En la práctica, ellos eran los principales beneficiados o perjudicados con un conflicto entre Chile, Perú y Bolivia.

Aunque el interés se ha centrado en Gran Bretaña y Francia, Estados Unidos también tuvo un rol. Lo interesante sería dilucidar cómo se acercaba o alejaba esta política con los principios declarados por el presidente James Monroe en 1823.

Finalmente, son múltiples las preguntas que pueden aflorar intentando hacer una nueva revisión de este conflicto desde una óptica temporal y espacial mayor a la que se la ha observado tradicionalmente, apoyándose en nuevas fuentes documentales. Si el interés de los historiadores, tal como habíamos dicho al inicio, era elaborar una historia nacional, hoy el propósito es saber cómo se inserta la guerra de Chile contra la Confederación Perú-Boliviana en una historia global.

Agradecimientos: Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto ANID/FONDECYT/REGULAR n.º 1241055 «El rol de las potencias extranjeras durante la guerra de Chile contra la Confederación Perú-Boliviana (1836-1839) a través de sus cancillerías, agentes estatales y actores no estatales presentes en América» (2024-2028).

Fuentes primarias

Fondo Ministerio de Relaciones Exteriores de la República de Chile

Carta de Francisco Javier Rosales al ministro de RREE de Chile, París, 31 de julio de 1844. Archivo Nacional. Fondo Ministerio de Relaciones Exteriores. Vol. 52.

Referencias citadas

Alberdi, J. B. (1846): *Biografía del General Don Manuel Bulnes*, Santiago, Imprenta Chilena.

Alvarado-Luna, P. (2021): «Hombres de la Patria y ciudadanos en armas. Caudillos y ejércitos nacionales en tiempos de la Confederación Perú-boliviana, 1836-1839», Tesis para optar al grado de doctor, *Universität zu Köln*.

Aurell, Jaume (2008): *Tendencias historiográficas del siglo XX*, Santiago, Globo editores.

Baeza, A., (2021): *El otro imperio. Chilenos y británicos en la revolución de independencia, 1806-1831*, Santiago, RIL editores.

Barra (De la), J. M. (1851): *Reseña histórica de la campaña del Perú de 1838 a 1839*, Santiago, Imprenta de la República.

Barros Arana, D. (2003, [1913]): *Un decenio de historia de Chile*, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Barros, M. (1970): *Historia Diplomática de Chile*, Santiago, Ediciones Ariel.

Barton, G. (2014): *Informal Empire and the Rise of One World Culture*, Nueva York, Palgrave MacMillan.

Basadre, J. (2000, [1931]): *Perú: Problema y Posibilidad*, Lima, Fundación M.J. Bustamante de la Fuente.

Basadre, J. (1949): *Historia del Perú*, Tomo I. Lima, Editorial Cultura Antártica S.A.

Bernal-Meza, R. (1996): «Evolución histórica de las relaciones políticas y económicas de Chile con las potencias hegemónicas: Gran Bretaña y Estados Unidos», *Estudios Internacionales*, 26 (113), pp. 19-72.

- Besseghini, D. (2020): «The Anglo-American Conflict in the Far Side of the World: A Struggle for Influence over Revolutionary South America (1812-1814)», *Annals of the Fondazione Luigi Einaudi*, 54 (1), pp. 35-56.
- Besseghini, D. (2021): «Imperialismo informal e independencia: los británicos y la apertura del comercio en el Río de la Plata (1808-1810)», *Illes e Imperis*, 23, pp. 41-68.
- Betancourt, F. (2008), *La Campaña de Arequipa y el Tratado de Paucarpata. Un antes y un después en la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana*, Tesis inédita de Licenciatura, Santiago, Universidad Andrés Bello.
- Bulmer-Thomas, V. (2010): *La historia económica de América Latina desde la Independencia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Bulnes, G. (1876): «Causas de la guerra entre Chile i la Confederación Perú-boliviana», *Revista Chilena*, Tomo IV. Santiago, Imprenta de la República, pp. 184 -223.
- Bulnes, G. (1878): *Historia de la campaña de Perú de 1838*, Santiago, Imprenta de Los Tiempos.
- Burr, R. (1974): *By Reason or force, USA*, University of California Publications in History.
- Cady, J. (1943): *La intervención extranjera en el Río de la Plata, 1838-1850*, Buenos Aires, Losada.
- Cajías, F. (1975): *La Provincia de Atacama 1825-1842*, La Paz, Editora Universo.
- Carranza, R. (1939): *La Batalla de Yungay*, Santiago, Imprenta Cultura.
- Cavieres, E. y Serrano, G. (2018): «La guerra de Chile contra la Confederación Perú-Boliviana (1836-1839): el trigo y la agricultura como bases de un proyecto nacional», *Revista América Latina en Historia Económica*, 25 (1), pp. 136-164.
- Chust, M. (2010), *Las independencias ibeoramericanas en su laberinto*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València.
- Chust, M. y Frasset, I. (2003): *Tiempos de revolución. Comprender las independencias*

iberoamericanas, Madrid, Taurus - Fundación Mapfre.

Cid, G. (2008): «Nacionalizando la segunda independencia chilena. Fiestas y discursos cívico-religiosos en torno a la Guerra contra la Confederación, 1836-1851», Chile, Bicentenario, *Revista de Historia de Chile y América*, 7 (2), pp. 5-33.

Cid, G. (2011): *La Guerra contra la Confederación, Imaginario nacionalista y memoria colectiva en el siglo XIX chileno*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales.

Cid, G. (2012): «La nación bajo examen. La historiografía sobre el nacionalismo y la identidad nacional en el siglo XIX chileno», *Revista Latinoamericana*, 11 (32), pp. 329-349.

Colàs, P. (2023): «El congreso de Chuquisaca de 1837 y las costuras del proceso de construcción del Estado en Bolivia», *Revista Complutense de Historia de América*, N° 49, pp. 265-285.

Collier, S. (2008): *Chile. La construcción de una república 1830-1865: políticas e ideas*: Ediciones Universidad Católica de Chile.

Conti, V. (2018): «Comerciantes y redes desde el puerto boliviano de Cobija», *Revista del Instituto Riva-Agüero*, Vol. 4, Núm. 1, pp. 241-282.

Contreras, C. (2011): ed., *Compendio de Historia Económica del Perú IV: Economía de la primera centuria independiente*, Lima, IEP y BCRP.

Davis, H. (1977): *Latin American Diplomatic History*, USA, Louisiana State University Press.

Donoso, C. y Rosenblitt, J. (2009): ed., *La Confederación Perú-boliviana 1836-1839*, Santiago, Editorial Andrés Bello y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

Dougherty, J. E. (1965). «Gran Bretaña y la Intervención Francesa». *Historia Mexicana*, Vol. 14, n.º 3, pp. 383-415. Elliott, J. (2006): *Empires of the Atlantic World: Britain and Spain in America, 1492-1830*, New Haven CT, Yale University Press.

Fernández, J. (1959). *La República de Chile y el Imperio de Brasil. Historia de sus relaciones diplomáticas*, Santiago: Editorial Andrés Bello.

- Fernández, M. (1989): «El mariscal Andrés Santa Cruz», *Historia*, Vol. 24, 1989, pp. 215-252.
- Fernández, M. (2009): «Más que una realidad, un imaginario nacional: Santa Cruz y la Confederación Perú-boliviana», en C. Donoso y J. Rosenblitt, ed., *La Confederación Perú-boliviana 1836-1839*, Santiago, Editorial Andrés Bello y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, pp. 61-91.
- Fernández, M. (2016): *Un imaginario nacional. El mariscal Santa Cruz y la Confederación peruano-boliviana*, Rosario, Prohistoria ediciones.
- Frei, G. (2020): *Great Britain, International Law, and the Evolution of Maritime Strategic Thought, 1856-1914* Oxford: Oxford University Press.
- Galdames, F. (1910): *Estudio Crítico de la Campaña de 1838-1839*, Santiago, Talleres del Estado Mayor Jeneral.
- Gallagher, J. y Ronald R. (1953): «The Imperialism of Free Trade», *The Economic History Review*, 6 (1), pp. 1-15.
- Gazmuri, C. (2006 y 2009): *Historiografía chilena*, tomos I y II, Santiago, Editorial Taurus.
- Gazmuri, C. (2012): *Una historia vagabunda*, Santiago, Centro de Estudios Bicentenarios.
- Gleijeses, P. (1992): «The Limits of Sympathy: The United States and the Independence of Spanish America», *Journal of Latin American Studies*, 24 (3), pp. 481-505.
- González, J. (1977): «El aporte de Portales a la formación del estado nacional como base de una política exterior», en: W. Sánchez y T. Pereira, ed., *Cientocincuenta años de política exterior chilena*, Santiago, Editorial Universitaria, pp. 34-44.
- Gootenberg, P. (1997): *Caudillos y comerciantes, Perú*, Centro de Estudios Regionales Andinos «Bartolomé de Las Casas».
- Guardia, A. (2007), «La idea confederacionista de Andrés de Santa Cruz: un proyecto de imaginación no compartido». En Mc Evoy, C. y Stuvén, A. M. (2007): ed., *La República Peregrina: Hombres de armas y letras en América del Sur, 1800-1884*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, pp. 385-405.

- Halperín, T. (2002): «América Latina independiente: Economía y sociedad», *Historia Económica de América Latina*. Barcelona, Crítica.
- Herb, G. y Kaplan, D. (2008): *Nations and Nationalism: 1880-1945*, California, ABC-CLIO.
- Hernández, E. (2004): *Tendencias historiográficas actuales*, Madrid, Akal.
- Iggers, G. (2012): *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío postmoderno*. Trad. por Iván Jaksic, Santiago, Fondo de Cultura Económica.
- Jaksic, I. (2021): *El debate fundacional: los orígenes de la historiografía chilena*, Santiago, Fondo de Cultura Económica.
- Jaksic, I. (2001): *Andrés Bello. La pasión por el orden*, Santiago, Editorial Universitaria.
- Kinsbruner, J. (1970): «The political influence of the British Merchants Resident in Chile during the O'Higgins Administration, 1817-1823», *The Americas*, 27 (1), pp. 26-39.
- Lemperiere, A. (2013): «Presentación: Hacia una nueva historia transnacional de las independencias hispanoamericanas», J. Rosenblitt, *Las revoluciones americanas y la formación de los estados nacionales*, Santiago, DIBAM, pp. 13-27.
- López, C. (2007): *Historia de la Guerra contra la Confederación Perú-boliviana*, Santiago, El Ciprés.
- Lorenzo, S. (1989): «Portales y la política internacional» en: Bravo, B., *Portales. El hombre y su obra. La consolidación del gobierno civil*, Santiago, Editorial Andrés Bello, pp. 281-320.
- Márquez, B. y Gamboa, J. (1965): «Andrés Bello en la guerra de la Confederación Perú-Boliviana», *Revista Mapocho*, N°12, pp. 264-287.
- Marshall, P. (2005): *The Making and Unmaking of Empires. Britain, India and America, c. 1750-1783*, Nueva York, Oxford University Press.
- Mayo, J. (1987): *British Merchants and Chilean Development, 1851-1886*, Boulder, Westview Press.
- Mazzeo, C. (2018): «Los vínculos económicos entre Callao, Arica y Valparaíso durante la Confederación

- Peruano-Boliviana 1836-1839», *Revista del Instituto Riva-Agüero*, 4 (1), pp. 197-240.
- Monrroy, G. (2013): *La Confederación Perú-Boliviana*, Lima, UCH.
- Müller, L. (2019): *Neutrality in World History*, New York, Routledge.
- Núñez, J. (1987): «Estado, Crisis de hegemonía y Guerra en Chile (1830-1841)», *Andes*, 6, pp. 137-189.
- Ortiz, J. (2005): *Perú y Gran Bretaña*, Lima, Asociación de Historia Marítima y Naval Iberoamericana.
- Ossa, J.L. (2013): «Gonzalo Bulnes: Historiador, nacionalista, político y civilista», *Estudios Públicos*, 132, pp. 171-200.
- Parkerson, P. (1984): *Andrés de Santa Cruz y la Confederación Perú-boliviana 1835-1839*, La Paz, Librería Editorial Juventud.
- Peralta, V. (2020): «Parlamentos y soberanías durante la Confederación del general Andrés Santa Cruz. Chile, Perú y Bolivia, 1835-1839», *Historia*, 53 (I), pp. 155-181.
- Pinto, J. (2016): *La historiografía chilena durante el siglo XX*, Santiago, América en Movimiento.
- Pittman, H. T. (1981): *Geopolitics in the ABC countries: A comparison*, USA, The American University.
- Placencia, A. (1840): *Diario Militar de la Campaña que el Ejército Restaurador abrió en el territorio peruano el año de 1838 contra el Jeneral Santa Cruz*, Lima, Imprenta de José Masias.
- Platt, D.C.M. (1972): *Latin America and British Trade, 1896-1914*, Nueva York, Barnes & Nobles.
- Ramírez, H. (1961): «El gobierno británico y la guerra», *Revista chilena de Historia y geografía*, 129, pp. 122-139.
- Riva-Agüero, J. (2011, [1910]): *La Historia en el Perú*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva-Agüero.
- Rosenblitt, J. (2013a): *Centralidad Geográfica, marginalidad política: la región de Tacna y Arica y*

su comercio 1778-1841, Santiago, DIBAM y Centro de Estudios Barros Arana.

Rosenblitt, J. (2013b): «Proteccionismo, Libremercantilismo y Regionalismo en la génesis de la República peruana». En: Rosenblitt, J. ed., *Las revoluciones americanas y la formación de los estados nacionales*, Santiago, DIBAM, pp. 227-247.

Sagredo R. (2009), «De la Gloria Militar a la Historia Nacional. El triunfo de Yungay y la Historia de Chile de Claudio Gay», en C. Donoso y J. Rosenblitt, ed., *La Confederación Perú-boliviana 1836-1839*, Santiago, Editorial Andrés Bello, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

Salazar, G. (2005): *Construcción de Estado en Chile (1800-1837)*, Santiago, Editorial Sudamericana.

Serrano, G. (2011): «Las relaciones chileno-argentinas durante la Guerra de Chile contra la Confederación Perú-Boliviana», en P. Núñez, comp., *Miradas Transcordilleranas*, IID y PCA, UNRN-CONICET, San Carlos de Bariloche, pp. 571-578.

Serrano, G. (2011-2012): «Emigrados peruanos en Valparaíso durante la guerra de Chile contra la Confederación Perú-Boliviana», *Revista Histórica*, tomo XLV, Lima, pp.141-162.

Serrano, G. (2013): *1836-1839. Portales y Santa Cruz. Valparaíso y la Guerra contra la Confederación*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso.

Serrano, G. (2016): «Andrés de Santa Cruz y su cautiverio en Chile (1844-1846)», *Revista Historia* 396, Vol.6, N° 1, Valparaíso, pp. 177-207.

Serrano, G. (2017): *Chile y la Confederación. La Guerra en provincias: 1836-1839*, Valparaíso, Ril Editores.

Serrano, G. (2021): «La presencia del Ejército Restaurador en Perú (1837-1839), un vacío historiográfico», *Cuadernos de Historia*, pp. 95-117.

Serrano, G. (2023): «¿Restaurador o invasor? La presencia del ejército chileno en Perú durante la guerra contra la Confederación Perú-boliviana (1837-1839)», *Historia*, N°56, vol. 1.

- Sexton, J. (2009): *The Monroe Doctrine. Empire and Nation in Nineteenth Century America*, Nueva York, Hill and Wang.
- Silva, I. (1904): *Sarjento Candelaria Perez, Recuerdos de la Campaña de 1838 contra la Confederación Perú-boliviana*, Santiago, Imprenta Cervantes.
- Sobrevilla, N. (2015): *Andrés de Santa Cruz, caudillo de los Andes*, Perú, IEP y PUCP.
- Sotomayor, R. (1896): *Campaña del Ejército chileno contra la confederación Perú-boliviana*, Chile, Imprenta Cervantes.
- Sotomayor, R. (1965 [1901] y 1980 [1903]): *Historia de Chile bajo el Gobierno del general don Joaquín Prieto*, Tomo III y IV. Santiago, Imprenta Esmeralda.
- Stuven, A.M. (2007): «La palabra en armas: patria y nación en la prensa de la guerra entre Chile y la Confederación Perú-Boliviana, 1835-1839». En Mc Evoy, C. y Stuven, A. M. (2007): ed., *La República Peregrina: Hombres de armas y letras en América del Sur, 1800-1884*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, pp. 407-442.
- Temperely, H.W.A (1966): *The Foreign Policy of Canning, 1822-1827*, Oxford, Frank Cass & Co.
- Terragno, R. (2001): *Maitland y San Martín*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Ediciones.
- Urbina, X. (2018): «Los ‘papeles de Londres’ y alertas sobre ingleses. Chiloé y las costas de la Patagonia Occidental ante los conflictos entre España e Inglaterra: siglos XVII y XVIII», *Mélanges de la Casa de Velázquez. Nouvelle série*, Vol. 48, N° 2, pp. 235-264.
- Valdés, M. (2007): *Reclutamiento, Orden y Corrección Social. Colchagua ante la Guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana*, tesis de licenciatura inédita, Pontificia Universidad Católica, Santiago.
- Villalobos, S. (2005, [1989]): *Portales, una falsificación histórica*, Santiago, Editorial Universitaria.
- Villalobos, S. (2004): *Chile y Perú, la historia que nos une y nos separa*, Santiago, Editorial Universitaria.
- Villalobos, S. (2017): *Bolivia, un vecino molesto*, Santiago, Ediciones Universidad San Sebastián.

Villalobos, S. (2016): *Las guerras de Chile y Perú. Sus historias*, Santiago, Universidad San Sebastián.

Waddell, D.A.G. (1987): «British Neutrality and Spanish - American Independence: The Problem of Foreign Enlistment», *Journal of Latin American Studies*, 19 (1), pp. 1-18.

Wilgus, A. (1937): *South American dictators during the first century, USA*, The George Washington University Press.

Wu, C. (1989): «La Mariscal, el Protector y Gran Bretaña», *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, 16, 1989, pp. 149-171.

Wu, C. (1991): *Generals and Diplomats Great Britain and Peru 1820-40*, Cambridge, Cambridge Latin American Miniatures.